

...Y SENTIR QUE NO ESTAMOS MUERTOS

“ Si hay algo arraigado en la cultura ---buena o mala: ¿quién decide?--- de los pueblos de España, es la fiesta de los toros. Por lo menos en lo que yo entiendo por cultura no la que hacemos, sino la que nos hace, no la que poseemos, sino las que nos posee. Aquí, en las ferias de los pueblos, sólo hay dos cosas imprescindibles: una virgen y un toro”.

Antonio Gala

Quedan pocos minutos. Todo comenzará de nuevo. De año en año. El corazón del corredor parece un tambor. Tan, tan, tan. Las emociones salen a flor de piel y los recuerdos se agolpan en su mente. Todo se cumplirá como siempre, como toda la vida de Dios.

Al corredor le da lo mismo que le llamen imprudente, inconsciente, temerario, loco e incluso salvaje o vaya usted a saber lo que digan algunos. Sobre todo aquellos que nunca son capaces de hacer nada pero sí de criticar.

Pero es igual, cada uno tiene el paraíso en un lugar diferente. Si sintieran los demás lo que el corredor siente, también correrían. Se pondrían delante de los pitones del toro, sintiendo el aliento del astado en la nuca, y los pitones rozando la camisa. Los empujones de los corredores que también se ven envueltos en esa nube de jadeos y pisotones. Todo un caos primigenio que genera una atmósfera insólita capaz de hechizar a participantes y espectadores.

Hombre y animal, acaso sean dos caras de una misma moneda. Quizás sean formas de una misma sustancia. Ya nos los enseñaron desde la antigüedad. Todos formamos parte de la naturaleza. Todos somos naturaleza.

Al corredor no le hace falta hacer grandes análisis filosóficos ni realizar estudios antropológicos para sentir un impulso, una fuerza interior que quizás venga desde los abismos del tiempo. Una voz ancestral y atávica que le anima a perpetuar una de las tradiciones que marca el origen de la civilización.

Volver a los orígenes, no es retroceder, no es ir contra el progreso. Es un ejercicio sano y necesario de reconocernos parte del género humano. Eslabones de la cadena de la tradición.

Los toros pintados con trazos precisos y esquemáticos desde el alborar de la humanidad hasta los coloreados frescos del palacio de Cnossos. Desde las pinturas de aparentes escenas de caza hasta la danza con el toro.

Los chamanes vestidos con pieles de toros bailando bajo la luna al son del tambor. Los corredores quizás sean ecos que vengan de la prehistoria y se escuchan todavía a través de cada encierro en nuestra sociedad tecnológica.

Pretenden algunos arrinconar los sentimientos y que la fría razón nos cubra como una losa. No se puede domesticar a la vida. Es el mensaje que nos da cada año los corredores en los más de novecientos encierros que por nuestra piel de toro, año tras año nos dan una lección de entereza, de humanidad, de historia viva...

El corredor espera con impaciencia el encuentro con los animales, está nervioso, sin duda. Pero también es sabedor de su importancia. Se siente orgulloso, es portavoz de la comunidad, que lo admira. Es quizás recuerdo de aquellos héroes míticos que lucharon contra las fuerzas del mal, aquellos que en definitiva lucharon contra sus propios temores, venciendo sus propios miedos y sus malos instintos.

El corredor es un nuevo Teseo que por el laberinto del tiempo ... guiándose con el hilo del recuerdo, nos trae la eternidad. Lo que no cambia, lo que siempre ha sido, es y será. Es un héroe mítico en estos momentos. Todas las miradas puestas en los que corren. Luego serán devorados por el vórtice de la realidad, de la rutina y de la cotidianidad. Envueltos en el anonimato esperarán todo el año. Así son las leyes que dicta el tiempo.

El corredor cumple con el ritual ancestral, de correr los toros. Verdaderas fiestas populares, sin comercializar, no hay que pagar para ver el encierro, no hay que pagar para participar en él. El pueblo espectador y participante a la vez como sucede con los toros enmaronados, embolados y demás suertes que se hacen con ellos en las calles y pueblos de nuestras ciudades y pueblos. Aunque en estos donde se guardan las esencias más puras de las tradiciones. No hay componendas ni amaños, ni acuerdos comerciales ni publicitarios, ni derechos televisivos.

No han podido papas, ni reyes, ni los autoproclamados ilustrados. No se puede negar lo que somos. No se puede apagar la voz de nuestros antepasados, porque también nosotros somos ellos y ellos también están en nosotros. Dicen nuestros mayores, que son los verdaderos sabios, que no pasa el tiempo que somos nosotros los que nos pasamos. El tiempo es eterno. El ciclo del tiempo nos lo recuerda cada año. Las fiestas son ese reflejo de la eternidad. Y ha habido, hay y siempre habrá toros.

Danza entre el toro y el hombre. Principio de la civilización. Ya nos lo transmitieron los griegos cuando nos contaron el mito de aquella princesa, llamada Europa y sus idilios amorosos con Zeus metamorfoseado en toro. ¿Y les dicen salvajes a los taurinos.? La vida tal y como es, con su riesgo y su encanto. Con lo bueno y lo malo. Con la alegría y el dolor. Danza eterna de la vida.

El corredor está preparado, ha realizado los últimos ejercicios de calentamiento y estiramientos. Con la mirada fija en la puerta hecha de tablas. Un cohete quiebra la monotonía del ruido y de las voces. Es la hora de la verdad. Salen los toros. No hay vuelta atrás.

Las miradas del público enfervorecido y excitado, participes también a su modo de este festejo. Sus miradas siguen a los corredores. Bocas abiertas de asombro, miradas de admiración.

La carrera es rápida y limpia. El corredor siente el corazón latir a mil por hora. La adrenalina corre en caudal y el tiempo y el espacio se diluye en su mente. Todo transcurre a la velocidad del rayo. No da tiempo a pensar en nada. No hay que pararse para nada. Toda una metáfora de la vida es la carrera.

Los corredores son aplaudidos, vitoreados, a la vez que pasan detrás, delante y al lado de la manada compuesta por mansos y bravos. El estruendo del tiempo se abre a su paso.

La luna de sus cuernos acarician la ropa de los corredores. Puede haber cornadas, pero esta vez no las ha habido. Y si las hubiera habido ¿qué?, pues es un riesgo que hay que asumir. Acaso no va uno a no amar para no sufrir, a caso uno no va a no vivir para no sufrir. Hay que vivir la vida. Y la vida emoción y riesgo, el que no se arriesga no cruza la mar.

Ha habido personas que han muerto en los encierros, este año también, es el precio que hay que pagar por ser nosotros mismos, es el precio que hay que pagar por demostrar que estamos vivos, que no estamos fosilizados, que no estamos muertos por la monotonía. Todos ellos estarán en el Olimpo junto con Hércules, Teseo y Mitra. Bebiendo el hidromiel del que cumple con su trágico destino.

Vivimos engañados y bajo el hechizo de que todo está controlado, y sin embargo todo está en el aire. El destino es incierto y nosotros somos efimeros pero hay que vivir la eternidad del instante.

Los toros han llegado a su destino. Serán toreados por la tarde. El fin para los que han sido criados en el campo: el sacrificio.

Recuerdo de cuándo los toros eran dioses. De cuando su sangre fertilizaba la tierra. Cuando se les atribuía la fuerza generadora de la vida, el fuego de la creación, el vigor de las fuerzas vitales. Su sangre regaba la tierra y la despertaba de su letargo.

Los corredores extasiados por la emoción han sentido una experiencia única. Muchos se han iniciado en este ritual ancestral, otros han corrido muchas veces y lo seguirán haciendo mientras puedan. Las emociones sentidas y vividas, el compañerismo de los corredores les hará volver. Aunque el año que viene Dios dirá, no saben si lo harán. Desconocen si la rueda del tiempo les deparará algo imprevisto, si la vida les dará una cornada. Pero tienen el pensamiento puesto en el próximo encierro porque no hay nada como escapar de la rutina, de buscar algo sublime y sentir que no estamos muertos.